
LIBRO

Juan Noemi C.: *Esperanza Cristiana en Tiempos de Incertidumbre*.
Atisbos Teológicos (Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005), 120 págs.

**JUAN NOEMI C.: *ESPERANZA EN BUSCA
DE INTELIGENCIA. ATISBOS TEOLÓGICOS****

Enrique Barros

I

Como jurista laico y lego en materias teológicas asumo con humildad el desafío de comentar un libro científico de teología. En esta tarea, me resulta inevitable buscar algunos puntos de encuentro con el derecho, mi propia disciplina.

El derecho y la teología tienen en común que no constituyen su objeto con prescindencia de lo dado, sino descansan en una tradición; de legislación y jurisprudencia en el caso del derecho; de revelación expresada en textos sagrados, en la teología. No es casual que la ciencia del derecho, como la teología, sean disciplinas dogmáticas, que persiguen dar forma a la tradición. El jurista deviene un ideólogo o un político cuando desconoce su vínculo con el derecho vigente; la religión carente de forma es una superstición desprovista de sentido.

En el caso del derecho, Gadamer expresa con perfecta lucidez que la aspiración a una interpretación correcta sólo puede materializarse en la mediación del texto aceptado como válido y del presente, que se produce en el

ENRIQUE BARROS BOURIÉ. Abogado. Doctor en derecho, Universidad de Múnchen. Profesor de la Universidad de Chile. Consejero del Centro de Estudios Públicos y de la Universidad Alberto Hurtado. Miembro del Instituto de Chile.

* Versión extendida del artículo publicado en el suplemento Artes y Letras del diario *El Mercurio* de Santiago, el 20 de noviembre de 2005.

acto necesariamente histórico de comprender¹. Desde esta perspectiva, comprender supone interrogar la tradición a la luz de las preguntas del presente. Pero, más allá de las motivaciones que subyacen a estas preguntas, la propia tradición es asumida en las coordenadas de nuestra época, ya porque el lenguaje es histórico, de modo que el sentido no puede quedar petrificado en el tiempo.

Del mismo modo como la justicia florece y adquiere vida gracias a esta mediación, que hace posible que aún hoy institutos del derecho romano nos ayuden a resolver preguntas de nuestra actual economía de los contratos y de la responsabilidad civil, la esperanza cristiana no puede ser reducida a un edificio conceptual que permanezca mudo a las preguntas de los cristianos que creen y viven de cada época. La idea central que adopta Juan Noemi en este hermoso libro no puede ser más coincidente con esa aproximación hermenéutica, que bien puede ser tenida como condición de la posibilidad del genuino acto de comprender.

La lectura de *Esperanza en Busca de Inteligencia* me ha llevado la mirada hacia otro pensador, profundamente religioso, del siglo XX. Para Wittgenstein, cercano a San Agustín en esta intuición, antes de la reflexión teológica está la fe. Por eso, se puede creer sin justificación ni fundamento. No es por la razón filosófica que se llega a creer, sino al revés: porque se asume la dimensión de la fe, la razón entra a desempeñar su papel iluminador de la revelación.

II

He querido recordar estos dos autores, que han influido en mi propia historia intelectual, porque el libro de Juan Noemi desarrolla la esperanza en dos líneas muy fértiles. Por un lado, nos ubica en la dimensión hermenéutica planteada por nuestro tiempo histórico y, por otro, discurre acerca de la especificidad de la esperanza cristiana. En el primer sentido, nos enfrenta a los desafíos que para el espíritu religioso supone la modernidad, como forma de pensar y de vivir; en el segundo, nos lleva a discernir la esperanza cristiana como materialidad de una promesa que se formula en la creación, que se radicaliza en la donación irrevocable que Dios nos hace de sí mismo, en la persona de Jesucristo, y nos alienta en nuestra humanidad histórica concreta.

En el largo devenir desde la contrarreforma, la unidad de dogma, iglesia y estado terminó haciendo agua estrepitosamente en el siglo pasado. Mucho antes, la modernidad devino amenazante, precisamente por sus fuer-

¹ Gadamer, H. G.: *Wahrheit und Methode*, introducción a la 2ª edición alemana, 1965, p. XVIII.

zas contrarias a esa pretensión de certeza comprensiva y de unidad. Con su espíritu crítico, su enfoque antropocéntrico y su tendencia centrífuga respecto del poder, la forma moderna de pensar puso contra la pared esa pretensión. Los tardíos esfuerzos del S. XIX por salvar el “modelo” se basaron más en el temor y en el resentimiento que en la fortaleza que pretendían expresar. El resultado conocido fue el endurecimiento del dogma y el aislamiento de la iglesia institucional.

En contraste, la sociedad adquirió un carácter pluralista y secular, que obtuvo su cara formal en las instituciones del constitucionalismo democrático y liberal. La estructura plural de la sociedad devino inevitablemente controversial con la aspiración fuerte de uniformidad de la iglesia institucional. Asimismo le privó de su sustento sociológico más potente, porque la fe dejó de ser culturalmente obvia y creer pasó a ser crecientemente un acto de adhesión más que una pertenencia natural que nunca es puesta como pregunta². A ello se agrega la resistencia de la cultura moderna, que es consustancial a esas tendencias, a todo propósito de juridificar la conciencia en la forma de un catálogo moral exhaustivo.

En este trasfondo, para el pensamiento religioso persiste la tentación de una *fuga temporis*, que supone dar vuelta la espalda a la realidad de nuestra historia (p. 46). Por ejemplo, en la forma de un “eternismo fundamentalista”, que llama a encerrarse en la verdad como representación de una realidad trascendente y extramundana, arquitectónicamente perfecta e inmutable, que se opone a la precariedad de la historia, entendida como tiempo corrupto y perverso. La perplejidad frente a una realidad llena de tensiones valóricas tiene una antigua genealogía en el idealismo, pero en nuestra época se presenta como un camino supuestamente seguro, que conduce a las aguas calmas de la certeza.

Pero también, en contraste, esta fuga de los tiempos se produce en las formas religiosas panteístas, que no pueden dar forma a la esperanza; y del misticismo escapista, que invoca una trascendencia que está mediada por las emociones y que elude la inmanencia histórica y existencial de toda genuina experiencia religiosa.

Éstos son los contrapuntos a partir de los cuales la obra de Juan Noemi discierne acerca de la modernidad, como realidad histórica que constituye nuestras vidas, y acerca de la esperanza cristiana, como promesa que también en nuestro tiempo insufla de sentido a la existencia.

Descartada la mirada nostálgica hacia atrás, hacia la Arcadia imaginaria de la cristiandad total, ¿es la modernidad pura desesperanza? Hay signos para asumirlo. Entre modernidad y esperanza parece establecerse una contradicción insuperable: no sólo en cuanto al pensamiento predomi-

² Berger, P.: “Pluralismo Global y Religión”, en *Estudios Públicos*, 98 (2005), 11.

nante, sino también en el estado de ánimo. El presente omnicomprendivo vacía de sentido la esperanza. Ésta se materializa, a lo más, en las expectativas razonables de progreso material y en la calidad de vida. Sintomática resulta la manera como nuestra época ha eliminado la muerte de la conciencia (salvo como espectáculo). Y porque nada se puede esperar, más vale ignorarla; a lo más estar atento a las posibilidades de supervivencia, por algún tiempo marginal, que nos abre la técnica médica.

III

Juan Noemi reitera la advertencia de una obra anterior³ acerca de la necesidad de rescatar la razón para la fe. Para ello establece el resguardo de no caer en lo que llama “un espejismo suicida”, que llevaría a “saltarse y evitarse las modernas condiciones de posibilidad que tiene la fe para articularse racionalmente”. En otras palabras, la fe no tiene por qué renunciar a la razón, pero el camino es el difícil y pedregoso de la modernidad que, al fin de cuentas, es nuestra historia (p. 30).

A diferencia del escepticismo de los griegos y del moderno agnosticismo, la esperanza cristiana reside en un Dios que “vivifica los muertos y que llama a lo que no es a que sea” (Romanos 4,17). Nada más paradójico, a la luz de la razón secular, que la vida surja de la muerte y el ser de lo que no es. La paradoja sólo desaparece cuando se hace el acto de confianza, la apuesta de sentido, que supone la fe. Este paso hace posible que la inmanencia de la experiencia religiosa, que se produce necesariamente en nuestro tiempo, y la trascendencia de su orientación hacia Dios adquieran esa dimensión dialéctica que Juan Noemi reclama como condición del discurrir teológico.

Aunque teológicamente la fe sea una gracia, psicológicamente ha devenido una decisión, simplemente porque en la sociedad actual es tenido por posible no creer. Por eso, al menos en algún momento de la vida todos nos encontramos enfrentados a que es posible vivir sin creer. El sinsentido de la fe a la luz de la razón secular se transforma en razonable una vez que se produce esa entrega confiada y apasionada que ella supone.

Es sintomático que una obra con pensamientos de Alberto Hurtado sobre materias de fe haya sido titulada “Un fuego que enciende otros fuegos”⁴. Con las reservas de mis limitaciones en materias teológicas, me permito asumir que sólo una vez que el fuego penetra el corazón, aunque no

³ Noemi, J.: *La Fe en Busca de Inteligencia* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1993).

⁴ Hurtado, Alberto: *Un Fuego que Enciende Otros Fuegos*, Samuel Fernández, editor (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2004).

sea en el grado heroico de un santo, a la balanza de la inteligencia corresponde entrar a ordenar el edificio.

Se me renuevan estos antiguos pensamientos a propósito de la lectura de los capítulos de la obra dedicados a la especificidad de la esperanza cristiana. La tesis central de Juan Noemi es que la persona de Jesucristo antecede a cualquiera construcción dogmática de la teología. Por pétreo que sea el edificio conceptual, carece de sentido sin el impulso vivificante que viene dado por el acto de fe. Y este último no tiene un sentido teórico-descriptivo, ni deriva de un listado de premisas lógicas, sino se dirige a “la persona de Jesús reconocido en la fe como el Cristo, como el único evangelio subsistente, como verdad que potencia la libertad del creyente” (p. 113). Por eso, es la esperanza la que busca la inteligencia, como nos dice el título del libro de Juan Noemi.

En este contexto, uno de los más agudos capítulos del libro plantea las condiciones de credibilidad, esto es, los supuestos que hacen viable el camino de la fe, en el mundo actual. Por cierto que en una época cargada de técnica, de razón estratégica y de un discurso ético secular, la reducción del dogma a una fundamentación jurídico-formal constituye un estrechamiento de la fe cristiana que resulta particularmente asfixiante y empobrecedor. Pero, ¿qué agrega la experiencia religiosa del cristianismo, en especial en este contexto histórico, que la haga elegible o aceptable?

Me parece que con esta pregunta volvemos al punto crítico de la obra, cuando, siguiendo a Kasper, el autor afirma que el dogma debe estar abierto a la dimensión subjetiva de la fe como verdad de salvación. Ello no constituye una renuncia a su dimensión objetiva como dogma, sino simplemente supone reconocer que su condición de posibilidad objetiva radica en la aceptación de la persona de Jesús como el único subsistente y permanente evangelio de Dios (p. 111). La primacía lógica de la fe, y del evangelio sobre el dogma, resulta así evidente a partir de las propias premisas de la experiencia religiosa.

IV

Finalmente quisiera referirme brevemente a las reflexiones que Juan Noemi realiza respecto de la trágica relación entre la fe y la modernidad. La iglesia ha acusado al pensamiento moderno secular de olvidar a Dios y de absolutizar el relativismo calculador; el pensamiento secular ha acusado a la iglesia de una pretensión de apropiarse del espacio público que resulta indebida en una sociedad pluralista. ¿Tiene sentido en el presente esta disputa?

La mayor trampa que lleva implícita esta discordia radica en la tremenda dificultad de pensar la historia sin condenarla, sin caer en la fuga de los tiempos, a que hacía antes referencia; en el fondo, nos dice Juan Noemi,

en legitimar un concepto de modernidad que no tenga salida de la desesperanza (p. 96).

Sin embargo, del mismo modo como el cristianismo fue una puerta de esperanza en un mundo plural, escéptico y racional, como el helénico de comienzos de nuestra era, tiene la oportunidad de ser una ventana de vida en estos tiempos. Abriendo una luz en ese camino, el autor nos pone sobre aviso de que en la tradición cristiana, como en la judía, prevalece el acontecer sobre el ser (p. 40), de modo que cualesquiera sean las dificultades, el reino de Dios es anunciado como un acontecimiento presente y futuro, porque siempre es y será una realidad aconteciente su amor incondicionado y gratuito (p. 60).

En concordancia con lo anterior, en la experiencia de la fe no tiene cabida la abstracción kantiano-liberal (por mucho que se la asuma en el plano secular como motor de la sociedad civil), ni el absolutismo moral (por mucho que se lo tuviese por una doctrina ética sensata). Siguiendo a Karl Barth (*La carta a los romanos*, 1922), Juan Noemi sostiene que si el cristianismo no tiene el reino de Dios como vértice del anuncio de Jesús, nada tiene que ver con Cristo, porque el de Jesús no es un geocentrismo abstracto (como se tendió a pensar progresivamente desde la contrarreforma), sino escatológico: “se trata de la actividad misma de Dios ya presente en la historia y que sobreabunda en el futuro” (p. 53).

La esperanza cristiana se expresa en el “ven, señor Jesús” con que culmina el Nuevo Testamento. En la perspectiva bíblica, no hay disociación, piensa Juan Noemi, entre el futuro al interior de la historia y el futuro absoluto, porque ello supondría un desamor hacia el hombre histórico, como es cada uno de nosotros, que tiene cuerpo y vive en comunidad. Por eso, Jesucristo no *fue*, sino que *es* ahora y *será* por toda la eternidad (p. 98)⁵.

Luego de leer este libro, vuelvo a pensar en que el impulso inicial de la esperanza cristiana está más cerca de la inspiración poética que del discurso puramente racional. De ello se sigue que el cristianismo no es una teoría social, ni menos una doctrina política que nos permita transformar en presente lo esperado (p. 105). Es un soplo de esperanza que produce el efecto maravilloso de cambiar a quien está abierto a recibirlo. “Ignoramos el momento de la consumación de la tierra y de la humanidad y no sabemos cómo se transformará el universo” nos dice Vaticano II. Pero contamos con la promesa, formulada en el más poético de los libros del Nuevo Testamento, de que Jesucristo nos acompañe en el recorrido hacia “un cielo nuevo y tierra nueva”, que es “la morada de Dios con los hombres” (Apocalipsis 21,1-3). □

⁵ Citando a Rhaner, Karl: “Eterna Significación de la Humanidad de Jesús para Nuestra Relación con Dios”, en *Escritos de Teología III* (Madrid: Ediciones Cristiandad, 1967), p. 56.